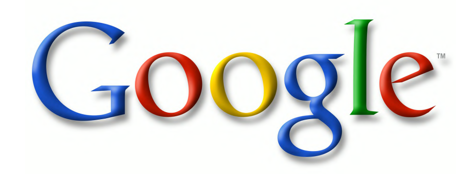
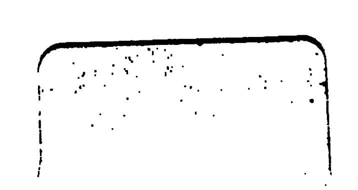






CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, MONIER, CUESTA.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta Córte, y con especialidad en el Teatro Español.*

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

LA HECHICERA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

MÚSICA DE

DON FRANCISCO ACENJO BARBIERI.



MADRID—1852.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.

PERSONAS.	ACTORES.
DIANA.	Doña Adelaida Latorre.
SERAFINA.	Doña Josefa Rizo.
EL BARON.	Don Francisco Salas.
EL CONDE.	Don José Gonzalez.
DON JUAN.	Don Francisco Calvet.
PEREIRA.	Don Francisco Fuentes.
UN CAPITAN.	Don N.
CABALLERO 1.º	Don Enrique Lopez.
CABALLERO 2.º	Don N.
FAMILIARES DE LA INQUISICION.	
PAGES.	

Coro—de doncellas de Diana—de brujas—de cortesanos—de conjurados—de máscaras.

ACTO PRIMERO.

Sala gótica en la casa de Diana: puerta en el foro: otra con gradería á la izquierda del actor y con portada de relieve en cuyo frontis dirá PAGODA: á la derercha en primer término, un balcon de forma ojival; en segundo una puerta secreta: entre esta y el balcon sobre una cariátide habrá una lámpara de mano, encendida. En las paredes figuras geométricas, geroglíficos é inscripciones en caractéres orientales. Al levantarse el telon aparecen Pereira en traje de armenio y el coro de cortesanos.

ESCENA PRIMERA.

PEREIRA. CORO.

CORO.

Oye, brujo, por tus ídolos...
por las aras de Baal...
déjanos ver á esa májica
hechicera sin igual.
Los misterios de su óraculo
nos cautivan por demas...
¡cada cual sepa su horóscopo!...
¡vamos todos...

PEREIRA.

No... no !... atrás !!

CORO.

Oye, atiende nuestro ruego...

PEREIRA.

Hoy con nadie quiere hablar.

CORO.

Tendrás oro...

PEREIRA.

No !... que luego
nos pudiera esterminar.
Hace un momento,
con duro acento,
con voz terrífica,
que me asombró...
Desde el recóndito
antro profundo,
do observa el mundo,
asl me habló:
«¡Ay del mortal osado
que en esta noche lúgubre
intente en mi vedado
recinto penetrar!
Haré zumbar los vientos...
animaré los mármoles...
y de los elementos
se oirá el ronco chocar !!»

CORO.

Hará mal en irritarlos...
no ofendemos su deidad...

Coro.	Pereira.
¿Por qué intenta conjurarlos	(No consigo de aqui echarlos... *(Penetra por el balcon la luz de un relámpago: suena á lo lejos un trueno.)*
y tratarnos sin piedad?	¡Ah!... ¡feliz casualidad!)

Huid, oh míseros!
con paso rápido,
que la hora fúnebre
cercana está!
¿Veis mis pronósticos?
brilla el relámpago,
y el trueno cóncavo
retumba allá.
Dejad la pitonisa
envuelta en su misterio:
temed de su sonrisa
el hórrido estridor.
Tal vez la nueva aurora
enfrene con su imperio
de vuestra encantadora
el rígido furor.

Pereira y coro.

Pereira.

Y mañana como amigos
sin ofensa, sin agravios,
con sus dulces rojos lábios
os dirá lo porvenir.
Al presente, caballeros,
es inútil... ¡no hay manera!
porque á nadie la hechicera
quiere hablar, ni ver, ni oir.

Coro.

Aquí entramos como amigos:
nadie intenta hacerla agravios:
pretendemos de sus lábios

escuchar lo porvenir.
Todos somos caballeros;
(*Alargándole los bolsillos.*)
esta prueba lo asevera...
toma por sí á la hechicera
conseguimos ver ú oir.

PEREIRA.

(*Tomando los bolsillos.*)
Una vez que no hay remedio
consultarla intentaré.

CORO.

Anda, ve, que por tu medio
breve audiencia á todos dé.

PEREIRA.

No he sacado
de esta plática
mal recado.
(*Guardándose los bolsillos.*)
Al almacen!
(*Entra por la izquierda.*)

CORO.

¡Oh qué bueno!
ante las dádivas
todo cede...

Bien va! bien!

ESCENA II.

EL BARON DEL MANZANARES. CORO DE CABALLEROS.

BARON. (*Sacudiéndose la ropa.*)
¡Por Cristo que me he calado...
qué noche tan endiablada!
parece que de los cielos
se han roto las cataratas.
CAB. 1.° ¡Oh! ¡Baron!...
BARON. Hola, señores!...
¿Vuesarcés por esta casa?
¿Vienen á ver la hechicera?
CAB. 1.° Atraidos por la fama

de su profundo saber...

BARON. Y ¿qué tal? ¿vísteis su cara?
¿es donosa? ¿corresponde
la faz, por siempre velada,
al armonioso concierto
que brota de su garganta?
¿Es jóven...
(*Los caballeros se encojen de hombros.*)
¡Malo!... ¿Es vetusta?
¿tendrá las mejillas cárdenas
pro-salientes las mandíbulas
con su diente de avanzada...

CAB. 1.° Lo ignoramos; no pudimos
penetrar aun en su estancia.

BARON. ¿Con que no? ¡Bah! pues en eso
os llevo mucha ventaja.

CAB. 2.° ¿Vos la habeis visto?

BARON. ¡La he visto!
Como tengo vara alta
en la córte, y ademas
soy alguacil de *la Santa*,
no hay hechicera ni brujo
que se niegúe á mis demandas.
La he visto, pero encubierta:
con ella noches pasadas
estuve hablando, y os juro
que al eco de sus palabras
sentí dulcemente henchida
de reconcomios el ánima.

CAB. 1.° Pues esta noche á ninguno
quiso ver...

BARON. Porque me aguarda.
He echado á brujas la noche
y la he de hablar... —¡Ah de casa!
(*Bajando la voz.*)
¡Escuchad!... si no consigo
ni con ruegos ni amenazas
que muestre la faz, entonces
alguna mala pasada
hay que jugarle... es preciso
saber si aquel velo tapa
el rostro de una hechicera
ó el de un bruja con barbas.

TODOS. Já!... já!...

CAB. 2.° ¡Bien pensado!

BARON. ¡Chito!
no alborotar.
(*Gritando.*)
¡Ah de casa!
CAB. 1.° Vereis cómo no os recibe.
BARON. Hombre, si es cosa pactada:
si hoy tiene que revelarme
lo que el hado me depara;
mostrándome en un espejo
mi vera efigies.... fantástica.
CAB. 1.° Mucho privais, buen Baron,
con la misteriosa maga.
BARON. No hay bruja que me resista:
soy el bú de las fantasmas.
CAB. 1.° Cuidad que vuestra futura
no tome en el juego cartas.
BARON. ¿Serafina? No por cierto,
es una páloma cándida
aunque viuda y treintañona:
esta noche está de guardia
en palacio, y he podido
esquivar su vigilancia.
¡Es mucho lo que ella estima...
CAB. 1.° (*Aparte á los demas.*)
Al conde de la Alborada.
BARON. Mis prendas...
CAB. 2.° Y vos las de ella...
BARON. ¡Tiene unas rentas que pasman!
¡Mujer adorable! Espero
antes de cuatro semanas
daros un banquete opíparo...
Oh qué banquete!...—¡Ah de casa!
PEREIR. (*Desde el umbral de la puerta de la izquierda.*)
Al Baron del Manzanares...
BARON. ¡Aquí está!
PEREIR. Franca la entrada.
BARON. ¿No os lo dije?
CABALL. ¡Vamos todos!...
PEREIR. Solo él...
BARON. (*A los caballeros, y entrando con Pereira por la izquierda.*)
Hasta mañana.

ESCENA III.

Los Caballeros. *Despues el* Conde.

Coro.

¡Bravo chasco! ¡atroz desaire!
¿Hoy es viernes? No, que es sábado...
esta noche por el aire
se nos llevan al Baron.
Los espíritus maléficos
hoy celebran su reunion.
¡Ay, Baron!
Van á darte un buen hallazgo
en galardon
de tu noble alguacilazgo
de la Santa Inquisicion.

(*Sale el conde de la Alborada con capa larga, sombrero de alas anchas y en él una pluma negra.*)

Conde. Buenas noches, caballeros.
Cab. 2.° ¡Oh conde de la Alborada!...
Cab. 1.° ¿Vos tambien... pues ahí es nada!
¿á caza andais de hechiceros?
Conde. Dícenme que esta mujer
es un prodigio...
Cab. 1.° Sí, Conde.
Conde. Que nada la tierra esconde
á su profundo saber.
Y por si no es invencion,
conducido por mi estrella,
vengo á consultar con ella
misterios del corazon.
Cab. 2.° ¿A vos misterios desvelan?
Cab. 1.° ¿A vos que por vuestro porte
las deidades de la corte
tanto os codician y os celan?
Conde. ¡El diablo que las resista!
Solo amor tiene desden

si es buscado.
CAB. 1.° ¿Entra tambien
en esas la camarista?
CONDE. Callad! que es mucho trabajo...
CAB. 1.° Es opulenta...
CAB. 2.° Y es bella...
CONDE. Pues compóngase con ella
el Baron...
CAB. 1.° Hablad mas bajo.
CONDE. ¿Por qué?
CAB. 1.° Porque tiene azares
hablar así...
CONDE. Pues os juro...
CAB. 2.° *(Con misterio.)*
Que está ahí dentro su futuro...
CONDE. ¿Está dentro Manzanares?
CAB. 1.° Quiso con seguridad
saber de su porvenir...
CONDE. Pues tendrá el Baron que oir
si le muestran la verdad.
CAB. 2.° En eso imprudente ha andado.
CONDE. Ya que saberlo ha querido,
sabrá que es correspondido
por...
CAB. 2.° Sí, por razon de estado.
CAB. 1.° ¡Que asi á doña Serafina
desdeñeis!
CONDE. Es que no es ella
la clara, la hermosa estrella
que mi esperanza ilumina.
CAB. 1.° ¿Enamorado?
CONDE. Sí á fé...
y no hay encarecimiento
que esplique este sentimiento...
CAB. 1.° ¿Quién es ella?
CONDE. No lo sé.
Ella con su voz me atrajo,
cuando una noche en Lisboa...
¡oh noche de eterna loa!
bajé á la orilla del Tajo.
Libre, sola, á su alvedrío
dulces endechas cantaba,
y á la vez se columpiaba
sobre las ondas del rio.
Frenético, arrebatado,

en tanto que ella fluctúa,
hice atracar mi falúa
de su góndola al costado.
Pero al escuchar mi acento
huyó, salvando las ondas,
sobre las masas redondas
de aquel movible elemento.
Seguíla no sé hasta donde,
y esclamé... ¿Así me condena
tu rigor? ¿Por qué, sirena,
huyes de mí? Y me responde:
«Huyo de tí, porque ¡ay Dios!
aunque en tí mi bien se encierra,
está escrito que en la tierra
no hay dicha para los dos.
—Tal vez un error te engaña.
—Ya no hay esperanza en mí.
—Y ¿nunca he de verte?—Sí.
—¿A dónde será?—En España.—
Y á la vez que se perdió,
por aquel espacio hueco,
sobre las aguas el eco
de su garganta espiró.
Busco de entonces su huella
de amante esperanza henchido...
pero por mas que he corrido
jamás pude dar con ella.
Por eso hoy entréme acá:
de la hechicera al encanto...
acudo... y pues sabe tanto,
ella sabrá donde está.

Cab. 1.º ¡Donoso lance!

Cab. 2.º Sí á fé.

Conde. Tal vez será una quimera...
(Sale el Baron precipitadamente por la izquierda con las dos manos sobre una de las mejillas.)

ESCENA IV.

Dichos. El Baron.

Baron.

Uf!... demonio de hechicera!...
esta afrenta vengaré.

CORO.

¿Qué ha sido ello? ¿qué ha pasado?

BARON.

¡Me he lucido!...

CORO.

Mas ¿qué fué?...

BARON.

Un atroz desaguisado
de esa bruja, ese Luzbél.

CORO.

¿Es bonita?

BARON.

Es muy agreste.

CORO.

¿Os habló del porvenir?

BARON.

Sí por cierto... ¡mala peste!

CORO.

Y ¿qué os dijo?

BARON.

Oid, oid!

En un brillante estrado,
de estrellas mil ornado,
haciendo el obsequioso
con la hechicera entré.
El velo misterioso
constante la encubría:
su mano huyó la mia...
«Callad» dijo, y callé.

CORO.

Escuchemos, atendamos
al relato del Baron.
Vuestro horóscopo esperamos...
impacientes...

BARON.

Atencion:
habló con el oráculo:
despues subió en la trípode,
y de un espejo al óvalo
su dedo señaló.
Por ver en él mi horóscopo
me asomo un tanto trémulo...
y en el espejo mágico...
¡un ciervo apareció!!

CORO.

¡Ja! ja! ¡rara vision!!

BARON.

Y furioso
mas que un oso,
la motejo,
y el espejo
vueltas dando
va rodando
quebrantándose á sus piés.
En mi enojo
el velo cojo
tiro... Y ella
me desuella,
¡suerte avara!
media cara
de un magnífico revés.

CORO.

Mala noche habeis logrado.

BARON.

¡Mala noche, si por Dios!

CORO.

Un carrillo traeis hinchado.

BARON.

Yo sospecho que los dos.

Porque en seguida
la maldecida
por mis locuras
déjame á oscuras;
y al punto mismo
del negro abismo
todo el estrépito
llega hasta mí.
Rezo, tropiezo,
rómpome el cuello:
oigo alaridos...
danme bufidos
ando, desando,
voy renqueando...
y hecho una etcétera
salgo hasta aquí.

¡Bruja maldita, torpe hechicera!
¡hija primera de Satanás!...
Esta bromita, burla tan fiera
pronto en la hoguera me pagarás.

CORO.

Mal hospedaje da la hechicera:
broma pesada fue por demás:
si á todos trata de esa manera,
ya no queremos verla jamás.

BARON. Uf!... no ha de quedar impune
tan atroz iniquidad.
Entremos en la Pagoda!
y vamos á esterminar

á la maga... que con todos
tal vez no se atreverá..
Seguidme si teneis ánimo!

Caball. Sí, vamos!

Conde. (*Colocándose delante de la puerta de la izquierda.*)
No pasarán!

Baron. ¡Cómo es eso, señor conde!
¿Vos metido por acá
á paladin de hechiceras?

Conde. Señor Baron ; no sé mas
sino que de hollar se trata...
¡estupenda heroicidad!
á una débil mujer...

Baron. (*Llevándose una mano al carrillo.*)
¿Débil...
y mujer?... Dejad pasar!
es una bruja!... y las brujas,
por mas que las defendais,
sé que no han pertenecido
al bello sexo jamás.

Conde. Es una mujer inerme,
y debemos respetar...

Baron. Si os hubiera acariciado
con la misma suavidad
que á mí... ¡voto!... ¡Paso libre!
que la voy á estrangular!

Conde. (*Echando mano á la espada, pero sin sacarla.*)
Hallareis antes mi espada!
Sacad la vuestra!...

Baron. (*Retrocediendo.*)
...¡Arre allá!!
(Este Conde condenado
que por siempre lo he de hallar
atravesado en mi senda...)
(*Al Conde.*)
Bien... la perdono.
(*Llevándose á un lado á los caballeros.*)
Escuchad...
Vamos fuera: en cuanto salga
el conde... ran! cataplan!
nos colamos de rondon;
y entonces sin caridad
¡duro en ella! la diremos
que nos manda el Tribunal
de la Santa... y que por bruja

la vamos á achicharrar.
¿Qué os parece?

CABALL. Bien.

BARON. Pues vamos.
(*Al Conde.*)
Que os libre de todo mal
vuestra protejida incógnita.

CONDE. Amen.

BARON. Adios.

CONDE. Id en paz.

(*Se retira el Baron con los caballeros por el fondo.*)

ESCENA V.

EL CONDE.

Ya me dejaron en calma
y á solas con mis dolores...
de esperanzas, de temores
no sé qué me anuncia el alma.

CORO DE MUJERES (*dentro.*)

Amante anhelado
de tanta belleza,
¿por qué á tu tristeza
consuelo no das?
En pos de una sombra
frenético vas.
La sombra no puede
ser tuya jamás.
¿Estás?...
¡Ay!
¡Jamás!

CONDE. ¡Cielos... qué vaga armonía...
qué dulcísimo sonido
viene á regalar mi oido!...
¿Adonde estás, maga mia?
Tú que sabes mi pasion...

ven á mí... ven con presteza!...
y ahuyentarás la tristeza
de mi amante corazon.

(*Mientras el coro de mujeres repite dentro la estrofa anterior, salen bailando al compás de la música de la misma seis ú ocho doncellas de Diana. Estarán vestidas caprichosamente: traerán velos de gasa en la cabeza, con los que ocultarán el rostro siempre que el Conde se acerque á ellas. Giran y voltean en torno de este, hurtándole el cuerpo cuando se propone asir á alguna.*)

CONDE. (*Preguntando á una que se escapa.*)
¿Eres tú... (*A otra.*) Tampoco?... (*A otra.*) ¿Así
el cuerpo esquivas lijera?...
(*Yendo de una á otra.*)
¿Cuál es aquí la hechicera?
Todas lo sois... ¡ay de mi!

(*Abrese la puerta de la Pagoda y aparece* DIANA. *Viste un ropon negro y está cubierta con un amplio velo del mismo color. En la mano trae una bengala de oro. Se arroja al tablado desde lo alto de la gradería: cruza rápidamente en varias direcciones: se mezcla y evoluciona con las demás: el Conde la sigue sin alcanzarla hasta que se indique.*)

Áh!... cielo!... esta sí!... Do vas?
¡Oh tú la del negro velo!...
espera!... deten el vuelo!...
Oyeme!...

(*Diana huyendo del Conde entra en el balcon: el Conde llega al mismo tiempo; la detiene asiéndola por la falda, y la trae á la escena.*)

No!... no te irás!

(*Mientras se verifica este cámbio, que deberá ser muy rápido, se retiran de la escena bailando las doncellas de Diana.*)

ESCENA VI.

DIANA. EL CONDE.

CONDE. ¡Que tambien huyas de mí!
¿Ignoras mis penas graves?
¿No sabes, maga, no sabes
que cifro mi dicha en tí?
DIANA. Lo sé.
CONDE. ¿Y la hallaré? ¿Podrás
contestarme á todo?
DIANA. A todo.
CONDE. ¿Y hay modo de verla?
DIANA. Hay modo.
CONDE. ¿Y será mia?
DIANA. Jamás.
CONDE. ¡Jamás!
DIANA. Sí.
CONDE. ¡Tormento atroz!
¿Cuándo encontraré su huella?
DIANA. Pronto.
CONDE. Esa voz...
DIANA. ¿Qué?
CONDE. ¡Es la de ella!
DIANA. Es que he tomado su voz.
CONDE. ¿Tanto alcanza tu poder?
DIANA. Mucho.
CONDE. Veamos. ¿Querrás
darme alguna prueba mas
de tu profundo saber?
DIANA. Dí.
CONDE. La que me cautivó,
¿qué nombre lleva?
DIANA. El de Diana.
CONDE. ¿Y piensa en mí?
DIANA. Muy ufana.
CONDE. ¿Llegó ya á España?
DIANA. Llegó.
CONDE. Y... ¿pudiera hablarla?
DIANA. Sí.

CONDE. ¿Y verla?
DIANA. ¿Tambien?
CONDE. Tambien.
¿Puedes ó no?...
DIANA. Puedo.
CONDE. Bien,
pues muéstramela.
DIANA. (*Echándose el velo á la espalda.*)
Héla aquí.
CONDE. ¡Oh luz de mi corazon!
ven á mis brazos...
DIANA. Atrás...
no olvides que esto no es mas,
buen Conde, que una ficcion.
Puedo su forma tener...
pero si tocas mi manto,
desaparece el encanto
para nunca mas volver.
CONDE. ¿Con que esto es encanto?
DIANA. Sí.
CONDE. ¿Y solo así verla puedo?
DIANA. Solo así.
CONDE. Burlado quedo
en mi esperanza... ¡ay de mí!
(*Dejándose caer con abatimiento en un sillon.*)
Maga... estimo tu agasajo
pero no alivias mi pena.
DIANA. (*Acercándose le dice con misterio.*)
Así cantó la sirena
entre las ondas del Tajo.
(*A medida que avanza Diana en el canto, el Conde se reanima como escitado por el recuerdo de antiguas memorias.*)

Ay de mi bien!!
Puras auras, cariñosas,
que volais entre las rosas
del Eden...
tocadme con vuestro allento,
y de mi sien,
templareis el ardimiento
que va devorando lento
mi agitado corazon.
¡Triste don!
Amar con tanta pasion

sin que esperanza me den!...
¡Ay de mi bien!
¿dónde estás?
¿nunca vendrás?
Ven á mí, ven!

CONDE.

Ah!... por piedad!
Eres... sí... nada me asusta,
la que yo escuché en la augusta
soledad.
Eres, sí... de aquellas olas
la deidad...
desde entonces á mis solas
de tus bellas barcarolas
oigo el dulce, vago son.
Rico don
hoy alcanza mi pasion,
si depones tu desden!...
¡Oh, hermoso bien!...
¿á donde vas?
¿me dejarás?
Ven á mí, ven!

(*El Conde la abraza.*)

DIANA. ¡Cómo!... ¿tales demasias?...
CONDE. ¿Qué hacer, si tanto te adoro?
DIANA. ¿Y si ahora me evaporo?
CONDE. (*Retrocediendo y en actitud suplicante,*)
Ay, no!... que me matarias.
DIANA. ¿Olvidas tu noble esfera?..
CONDE. Eh!... no sé...
DIANA. Ja! ja!...ahí es nada!
¡El conde de la Alborada
prendado de una hechicera!...
En la córte ¿qué dirán?
CONDE. Y ¿qué se me importa á mí?
DIANA. Los hombres reirán de tí:
las bellas te arañarán.

Y luego, señor mio,
contempla bien tu brio:
medita, considera,
que amar á una hechicera

no es una cosa frívola,
pues tiene quiebras mil.
La edad cuento por siglos:
mi corte es de vestiglos:
no sufro ley ni lazos...
tal vez de entre tus brazos
Saldré á volar impávida
por el aire sutil.

CONDE. No serás, prenda adorada,
tan cruel, yo te lo fio...
DIANA. No confies...
CONDE. Sí confio,
contra amor no basta nada.

No temo tu desvio:
doliente el eco mio
en lánguida querella
irá en pos de tu huella,
y al fin vendrás solícita
do quiera que yo esté.
Y enjugarán mi llanto
las orlas de tu manto...
en tí nada me asombra...
y cuerpo, luz ó sombra
serás ¡oh maga! el ídolo
eterno de mi fé.

DIANA. Teme, conde, el amor mio.
CONDE. El temor no conocí.
DIANA. Huye, conde, huye de mí.
CONDE. A la suerte desafio.

DIANA.

(¡Fiero enemigo,
sé mas piadoso!
dame el reposo
que ya perdí!
Huyo sus pasos...
sigue mi huella...
¡Oh, tú mi estrella,
vela por mí!)

CONDE.

(¡Yo te bendigo,
cielo piadoso!
calma, reposo
vuelven á mí.
Hoy por acaso
dí con su huella
Oh!... amiga estrella,
vencí! vencí!)

DIANA. ¿Que no he de alcanzar de tí,
conde amado, que me olvides?
CONDE. Amado!... ¿y eso me pides?
pero ¿por qué huyes de mí?
DIANA. Huyo de tí porque, ¡ay Dios!
aunque en tí mi bien se encierra,
está escrito que en la tierra
no hay dicha para los dos.
¿Te acuerdas?
CONDE. No lo olvidé;
mas libre soy para amarte,
y creo... que por tu parte
tambien lo serás.
DIANA. No sé.
CONDE. ¡Qué escucho!... acaso otro amor...
DIANA. Jamás aqui tuvo entrada;
pero me encuentro ligada
á otro poder superior.
CONDE. Mi esfuerzo lo destruirá!
DIANA. Es un poder que respeto.
CONDE. Nómbramelo!
DIANA. Es mi secreto...
imposible!... vete ya.
CONDE. ¿A alguno esperas?
DIANA. Si á fé!
CONDE. ¿Quién es?
DIANA. Uno.
CONDE. Adios, Diana:
¿cuando he de verte?
DIANA. Mañana.
CONDE. (Yo á quien esperas sabré.)

ESCENA VII.

DIANA. *Despues* PEREIRA.

DIANA. ¡Logré su amor... Sí, me adora
con delirante pasion!
Desdeñará á Serafina...
mas ¡ay de mí! ¿quién soy yo
para aspirar á la alteza
de su brillante blason!
PEREIR. (*Sale.*)
¿Señora...
DIANA. ¿Quién?...
PEREIR. Una dama...
DIANA. Que me dejen.
PEREIR. Mucho instó
para hablaros, y parece
dama de abolengo...
DIANA. (¡Oh, Dios!
¿Será doña Serafina?)
PEREIR. Dice que un grande favor
os deberá... y de camino
me ha entregado este bolson.
DIANA. Devuélveselo, y que pase.
PEREIR. (*Guárdase la bolsa.*)
(Eso sí, mas lo otro no.)
(*Vase.*)
DIANA. ¡Oh!... si ella misma viniera
á abrirme su corazon!...
tal vez la senda hallaria
que ha tiempo buscando voy.
(*Se cubre el rostro con el velo viendo salir á Serafina: esta trae un traje semejante al de Diana.*)

ESCENA VIII.

DIANA. SERAFINA.

SERAF. (*Cubierta con el velo.*)
Guárdete el diablo, hechicera,
si es el diablo tu patron.
DIANA. Él te ayude, Serafina.
SERAF. (*Descubriéndose.*)
Qué! ¿me conoces?
DIANA. Pues no?
¿Ignoras que se me alcanza
algo de adivinacion?
SERAF. Entonces conocerás
sin que me cueste el rubor
de confesarlo, el motivo
que hácia tí me encaminó.
DIANA. He pensado poco en ello,
mas sin equivocacion,
puedo asegurar que aquí
te traen duelos de amor.
SERAF. Es verdad... ¿tienes un filtro,
un talisman... ¡qué sé yo!
lo que baste á combatir
el desden desgarrador
de un ingrato que me roba
la calma del corazon?
DIANA. ¡Que tanto al Conde idolatres!
SERAF. ¿Al Conde dices?... ¡buen Dios!
¡Yo al Conde no te nombré!
DIANA. Por eso le nombro yo.
SERAF. ¿Nada se escapa á tu ciencia?
DIANA. Nada...
SERAF. ¿Y bien?
DIANA. De compasion
eres digna.
SERAF. Pues qué... ¿en ella
para aliviar mi dolor,
nada hay, hechicera?
DIANA. Sí;
mi ciencia á todo alcanzó:

pero hay remedios violentos...
y te estuviera mejor
ahogar esa ardiente llama
que trastorna tu razon.

SERAF. Consejos no he menester:
hartos dióme el director
de mi conciencia, y no pude
vencer esta inclinacion.
Quiero avasallar al Conde:
verle caminar en pos
de mi huella, suspirando
para templar mi rigor.
Quiero abatirlo á mis plantas...

DIANA. ¡A tus plantas!

SERAF. ¡Sí por Dios!

DIANA. ¿Y si en tan bella postura
lo sorprendiera el Baron?

SERAF. ¡El Baron!... y ¿qué derecho
pudiera alegar en pro
de mi cariño?

DIANA. Del Rey
la voluntad superior,
¿no le ha otorgado tu mano?

SERAF. (*Con abatimiento.*)
Es cierto, se la otorgó...
y á fé que muestra un empeño
que hará mi condenacion
si no desiste.

DIANA. Ya ves.

SERAF. Y ¿qué haremos?

DIANA. Lo peor
es la régia voluntad...
¿no es asi?

SERAF. Tienes razon.

DIANA. Bueno... al Rey hechizaré.

SERAF. ¡Al Rey!

DIANA. Sí: ¿con tu señor
puedes hablar sin testigos?

SERAF. Sí.

DIANA. Pues bien: en la ocasion
primera le entregarás
un talisman de veloz
efecto...

SERAF. ¿Y luego?

DIANA. Al olvido

dará tu futura union.
SERAF. Y ¿al Conde...
DIANA. Al Conde... despues
trataremos inter-nos
de atraerlo... á mis conjuros
cederá...
SERAF. Y en galardon
te colmaré de riquezas...
DIANA. ¿ Para qué las quiero yo ?
Es el oro para mí,
Serafina, un pobre don!
(Oyense dos palmadas.)
¡Ah!... ¡déjame ya!
SERAF. Antes dame
el talisman.
DIANA. Ahora no...
SERAF. Pues no me alejo sin él.
DIANA. *(Señalando á la Pagoda.)*
Bien: ¡entra allí!
SERAF. Al punto voy.
DIANA. Ahi aguarda, y como espies
mis acciones ó mi voz,
antes de un mes, Serafina,
te caso con el Baron.
(Serafina entra en la Pagoda.)
(Sale don Juan por la puerta secreta, con traje igual al del Conde de la Alborada.)

ESCENA IX.

DIANA. DON JUAN.

JUAN. ¿Sola estás?
DIANA. Bajad la voz.
JUAN. ¿Qué tenemos?
DIANA. Grandes nuevas.
Ahi dentro está Serafina,
y he dispuesto de manera
que os va á servir de correo
para el monarca...
JUAN. ¡Ella!
DIANA. Ella

vuestra epístola dará
al Rey Cárlos con reserva...

JUAN. Mas, ¿y si antes la examina
y á la Regente la entrega?

DIANA. No verá, ni entregará:
en esta bolsa de seda
la pondré... ¿Teneisla á mano?

JUAN. (*Dándole un papel.*)
Héla aqui.

DIANA. (*Metiéndolo en la bolsa.*)
Creerá que lleva
un precioso talisman
para ayudarla en la empresa
de sus amores: el Rey
tendrá así noticias vuestras,
y tal vez mañana escale
el poder vuestra grandeza.

JUAN. Fuera mejor esperar...

DIANA. Ni un instante: se sospecha
por la Regente de vos;
y mi fama de hechicera
ha llegado hasta el odioso
Tribunal de la Suprema.
¿Quereis que otra vez os lleven
al castillo de Consuegra,
y que yo acabe mis dias
sobre una infamante hoguera?

JUAN. ¡No!... ¡jamás!.. entre tus manos
el destino de ambos queda.

DIANA. Ahora bien, señor, os ruego
que hablemos de mí: ya es fuerza
que conozca el misterioso
arcano de mi existencia.
Desde mi niñez os debo
desvelos, saber, riquezas:
he sido á vuestro alvedrío
lo que mandásteis que fuera:
por ejipcia pasé en Flandes:
en Portugal fuí payesa:
he sido condesa en Francia...
soy en España hechicera...
¿Quién soy, pues? Yo no os haria
preguntas que sé os molestan,
á no ser porque amo á un hombre
de raza noble, opulenta...

JUAN. Y bien?
DIANA. Ignoro, señor,
si es la sangre de mis venas
digna de amor tan ilustre.
JUAN. ¡Vive Dios! aunque viniera
del mismo Cid ese amor
se honrara con tu nobleza.
DIANA. (*Arrojándose en sus brazos.*)
¡Oh!... cuán dichosa me haceis!
(*Sale el Conde por la puerta secreta.*)

ESCENA X.

DIANA. EL CONDE. DON JUAN. *Despues* SERAFINA.

CONDE. Ya dí con él... ¡Cielos!... ¡ella
en sus brazos!...
DIANA. ¡Ah!
JUAN. (*Embozándose.*)
¿Qué es esto?
DIANA. Cayóse la casa á cuestas.
CONDE. No escondais la faz traidora,
que he de arrancar la cubierta
con la punta de mi espada.
JUAN. (*Sacando la suya.*)
Venid á reconocerla.
CONDE. (*Acometiéndole.*)
Sí!...
DIANA. Conde!
SERAF. (*Saliendo.*)
¿La voz del Conde?...
espadas!
(*Arrojándose en medio.*)
detente!... espera!...

(*El Baron y el coro dicen desde dentro.*)
Busquemos la hechicera...
arriba, arriba está.

SERAF. (*Cubriéndose con el manto y queriendo huir.*)
Cielo!... el Baron!
DIANA. ¡Ahi quieta!
(*A don Juan señalando el balcon.*)
¡Allí!

(*A Serafina entregándole su bengala.*)
¡Toma!
(*Al Conde señalándole un ángulo del fondo.*)
¡Tú allá!

(*Desaparece por la puerta secreta. Don Juan entra en el balcon: el Conde se retira al fondo: Serafina arrebozada en el manto permanece cerca del proscenio.— Salen atropelladamente, sin reparar en el Conde, el Baron y el coro.*

ESCENA XI.

EL BARON. SERAFINA. EL CONDE. CORO.

BARON Y CORO.

Solita la encontramos,
ya no se escapará.

BARON.

Amiga hechicera,
por bien ó por mal,
es fuerza que al punto
nos muestres la faz.
(*Al coro.*)
Venid todos juntos:
su rostro admirad.
(*Á Serafina.*)
¿Por bien?

SERAFINA.

No.

BARON.

Pues vamos,
por fuerza será.

(*La tira del velo: Serafina se descubre de modo que la vea solo el Baron, volviendo á recatar el rostro. El Conde se adelanta y se coloca al otro lado del Baron.*)

SERAFINA (*Sacudiéndole con la bengala.*)
¡Tomad, atrevido!

CORO.

¿A ver?

BARON. (*Retrocediendo espantado y tropezando con el Conde.*)
¡Oh!!...

CORO.

¿Qué?

BARON. (*Dando un brinco y reconociendo al Conde.*)
¡Ah!!
(¿Aqui Serafina?...
¿Será?... si será...
Y el Conde ¿por dónde
se habrá vuelto acá?)

CORO.

Veamos el rostro...

BARON.

Atrás, digo, atrás!
Señores... es verla
pecado mortal.

(*Diana asoma por la puerta secreta y sin que la vean apaga la lámpara. El Conde y Serafina se dirijen á la puerta secreta, Diana habla con ellos aparte. Don Juan sale del balcon y ocupa el lugar que acaba de dejar el Conde.*)

CORO.

¿Qué es esto? ¡Ya escampa!
¡Ay... qué lobreguez!...
El diablo anda suelto...
¡no demos con él!

BARON.

¿Qué es esto?... ¡Ya escampa!
¡Uf... qué lobreguez!
La bruja en la trampa
cojióme otra vez.

DIANA. (*Bajo al Conde.*)
Me entendeis?... acompañadla.
(*A Serafina dándole la bolsa de seda y recobrando la bengala.*)
Ahí llevais el talisman!
(*Vánse el Conde y Serafina por la puerta secreta. Diana se coloca donde estaba antes Serafina. Pereira saca luces.*)

ESCENA XII.

DIANA. EL BARON. DON JUAN. CORO.

BARON.

Escapemos... mas dejarla...
(*Sacando luces.*)
Ah!... tornó la claridad.
(*Dirigiéndose á Diana.*)
Si averiguan en la corte
vuestro porte...
Gran señora... ¿qué dirán?
Me habeis dado un fiero rato...

DIANA. (*Se ha puesto una gran nariz: se descubre y vuelve á ocultarse.*)

Mentecato!

BARON. (*Retrocediendo espantado.*)

¡Qué nariz! .. Dios de Abrahan !!
Esta no es la que antes era...
¡bruja artera!...

(*Dirigiéndose á don Juan: este deja caer el embozo y el Baron da un brinco al reconocerlo.*)

Señor Conde... Voto á San...
No es el Conde... Yo en presencia
de vuecencia!...
¡Vos aquí, noble don Juan!

DON JUAN. (*Sacudiéndole el brazo.*)

Pronto á dar vais en Toledo.

BARON.

Quedo! quedo!

DIANA. (*Sacudiéndole el otro.*)

Esta noche has de volar.

BARON.

Eh!

DON JUAN.

Baron, que os volveis loco.

BARON.

Poco á poco!

DIANA.

Voy las furias á soltar.

BARON.

No ¡por Cristo!... ¡qué mareo!
¡á las furias deja en paz!...
(Si una vez fuera me veo...)
ya no quiero ver tu faz.
Buenas noches...
Perdonad!

DIANA *y* DON JUAN.

Buenas noches...
Descansad!

CORO.

Buen Baron... anda á paseo...
no logramos ver su faz...
No está malo el zarandeo...
á la maga deja en paz.
Buenas noches...
Perdonad!

(*Diana entra en la Pagoda: don Juan se retira por la puerta secreta. El Baron y el coro salen atropelladamente por el fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de descanso en casa de Serafina, adornada con lujo: á la derecha una puerta para las entradas y salidas al esterior: en la izquierda otra que comunica con las habitaciones interiores. En el fondo los salones de baile profusamente iluminados, y henchidos de damas y caballeros, todos de máscara. Al levantarse el telon se oye el coro dentro del fondo: bailan en los salones: de estos salen algunas parejas de máscaras, atraviesan la escena, hablan con Serafina que estará reclinada en un sofá cerca de la embocadura, y vuelven á los salones. Serafina vestirá un traje blanco debajo de un dominó negro con lazos azules; en la mano tendrá una mascarilla.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA. PEREIRA. *Máscaras.*

CORO. (*Dentro.*)

Elévese el cántico
de estrema alegria!
verted de ambrosia
copioso raudal.
Las penas del ánima
disipe en son tierno
de Chipre y Falerno
la espuma vital!

MÁS. 1.ª **No bailas?**

SERAF. Despues.
MÁS. 1.ª Adios.
MÁS. 2.ª Te has portado, Serafina.
Esta noche es tu palacio
la mansion de las delicias.
SERAF. Gracias.
MÁS. 3.ª Estás algo triste.
SERAF. No por cierto; muy tranquila.
MÁS. 3.ª Ven á animar los salones
con tu presencia.
SERAF. Harto animan
tu buen decir, tus hechizos.
MÁS. 3.ª (*Dirijiéndose al salon.*)
Oh!... lisonjera.
(*Pereira disfrazado de hebreo, se apoya en el respaldo del sofá en que está reclinada Serafina y la contempla silencioso un breve rato.*)
SERAF. (*Despues de una pausa y con indiferencia.*)
Qué miras,
honrado hebreo?
PEREIR. Las sombras
que anublan tu fantasia.
SERAF. ¡Buena vista tienes!
PEREIR. Ese
es mi nombre, *buena-vista.*
SERAF. ¿Sí? mas para darte crédito
no basta que tú lo digas.
PEREIR. Puedes probarlo.
SERAF. En buen hora.
¿En qué piensa el alma mia?
PEREIR. (*Con intencion.*)
Esperas y desesperas.
SERAF. (*Con interés.*)
¿Quién eres?
PEREIR. ¿Yo?... *buena-vista.*
SERAF. (*Accionando como para reconocerle.*)
(Esta voz no es la del Conde...
ni la del Baron...)
PEREIR. Te agitas
en vano, soy para tí
entidad desconocida.
SERAF. Pues arroja el antifaz.
PEREIR. Eso no; me privaria
de darte un consejo...
SERAF. ¿Cómo?...

¿Un consejo?... mucho picas
mi curiosidad.

PEREIR. Lo creo.

SERAF. A mi lado te aproxima.

PEREIR. ¿Y si el Baron...

SERAF. Eh!...

PEREIR. ¿Y si el Conde...

SERAF. Creo que no tiene prisa
esta noche para honrarme.

PEREIR. (*Sentándose en el sofá.*)
Le acusas con injusticia.
Vendrá.

SERAF. Vendrá!?

PEREIR. No lo dudes;
y mas pronto, si le libras
de la vista del Baron.

SERAF. Del Baron... ¿ánimas mias!
pues qué... ¿tiene celos?

PEREIR. Puede...
mi lábio nada te afirma...

SERAF. Y ¿cómo alejo al Baron?

PEREIR. Esa es cosa muy sencilla:
dale un disfraz.

SERAF. No le tengo.

PEREIR. Cierto dominó con cintas
amarillas y encarnadas,
sé yo que esta tarde misma
te envió don Juan de Austria.

SERAF. Es exacta la noticia;
pero ese disfraz es suyo,
y don Juan á su venida...

PEREIR. No lo pedirá.

SERAF. ¿Por qué?

PEREIR. Porque no lo necesita.

SERAF. ¿Y bien?...al Baron disfrazo...

PEREIR. Disfrázalo, Serafina,
que ya habrá quien le entretenga
toda la noche.

SERAF. Oh! qué dicha!

PEREIR. Escucha ahora el consejo
que hace poco te ofrecia.
Vendrá el Conde y le hablarás...
pero si al acierto aspiras,
finje la voz... y no vea
tu rostro sin mascarilla.

Ahí viene el Baron.
(*Dirijiéndose á los salones.*)
(De Diana
he cumplido la consigna.
Hora á quien Dios se la diere,
san Pedro se la bendiga.)
(*Entra en el salon por la izquierda, y por la derecha sale el Baron.*)

ESCENA II.

SERAFINA. EL BARON.

BARON. ¡Deliciosa mascarada!
¡Qué espectáculo tan bello
ofrecen esos salones!
Solo vos, hermoso dueño,
faltais para completar
los encantos que hay en ellos.
¿No venís?
SERAF. Estoy cansada.
BARON. Mucho debe agradeceros
nuestro augusto soberano
el noble desprendimiento
con que en su honor festejais
á san Cárlos Borromeo.
SERAF. Todo ello no corresponde
á lo mucho que le debo.
BARON. Decid debemos, señora,
pues yo tambien me confieso
su deudor, desde el instante
en que por su voto escelso
me elijió para...
SERAF. (*Interrumpiéndole.*)
Sí, ya!...
Y ¿qué tal? ¿venís de adentro?
¿hay muchas máscaras?
BARON. Muchas,
y variadas en estremo.
La córte esta noche tiene
dos caras...
SERAF. ¿Dos?

BARON. Por lo menos.
Todos han correspondido
puntuales al llamamiento
de vuestra hermosura...
SERAF. Todos...
menos vos.
BARON. ¿Menos yo? ¡cielos!
pues ¿no me teneis aquí?
SERAF. Pero sin disfraz.
BARON. Es cierto...
mas no lo tomeis á ofensa:
creíme esceptuado... y luego
tengo, bella Serafina,
medio trastornado el seso
desde la noche fatal
en que os ví... digo! no, niego;
no os ví, me habeis convencido
de que en aquel aposento
no estábais vos, ni don Juan,
ni el Conde...
SERAF. Dejemos eso.
BARON. Por dejado. Voy al punto
á disfrazarme...
SERAF. Yo tengo
un buen disfraz para vos.
BARON. ¡Vos, señora!
SERAF. Id á Barrientos
mi maestre-sala y pedídselo...
BARON. ¡Qué ventura! ¡Apenas puedo
dar crédito á lo que escucho!
¿Vos para mí ¡honor inmenso!
un traje habeis preparado?
SERAF. Ahí vereis...
BARON. ¡Oh! vuelo, vuelo
á esconderme dentro de él...
(*Va y vuelve.*)
Mi bella futura... espero
que esta noche me honrareis
con una alemanda...
SERAF. Bueno.
BARON. (¡Ya atrapé sus patacones!)
Soy, señora, esclavo vuestro.
(*Se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

SERAFINA.

Ya que lo han de entretener
toda la noche, no hay riesgo
en ofrecer alemandas
que han de quedar en proyecto.
Oh!... si me librara al fin
de sus necios galanteos...!
Si el precioso talisman
llegara á tener efecto...
¿Quién sabe?... El Rey, mi señor,
de mi enlace á hablar no ha vuelto
desde que en sus manos puse
el misterioso amuleto...
En verdad que es portentoso...
(*Queda pensativa. Salen por la puerta de la derecha don Juan y Diana: esta vestida en un todo semejante á Serafina, y con mascarilla puesta. Don Juan en traje de corte. Al salir se detienen y hablan aparte sin que lo advierta Serafina.*)

ESCENA IV.

DIANA. SERAFINA. DON JUAN.

DIANA. (*A don Juan.*)
Allí está. Dominó negro
con cintas azules: falda
blanca, igual á la que llevo.
JUAN. Bien lo has combinado: en todo
semejantes os encuentro.
DIANA. Pereira ha hablado con ella
y va adelante el enredo.
Presentadme á Serafina,
y vos, señor, al momento
alejaos porque es seguro
que aquí vendrán á prenderos.

Dejadme en esos salones,
que tal vez hallaré un medio
de hacer que prendan por vos
al Baron, y ganais tiempo.

JUAN. El cielo tu ingenio ayude.
(*Dirigiéndose á Serafina.*)
¿Serafina?

SERAF. (*Incorporándose y saludando reverentemente.*)
Quién!... Qué veo!
¿Al fin, señor, la fortuna
de que así me honreis merezco?

JUAN. Vos mereceis mucho mas,
mi buena amiga. Os presento
esta máscara, y os pido
perdon si hay abuso en ello.

SERAF. Siendo, señor, cosa vuestra
de que tal digais me ofendo.
Desde luego aseguradla
de mi cariño y respeto.

JUAN. Permitid que la acompañe
entre ese bullicio inmenso
que puebla vuestros salones.

SERAF. Vos sois de mi casa dueño.
(*Se saludan y entran en los salones Diana y don Juan.*)

ESCENA V.

SERAFINA. *Despues el* CONDE.

SERAF. ¿Quién será la compañera
de don Juan? ¡Bizarro porte!
Y él vive solo en la córte...
(*Como apoderándose de una idea repentina.*)
¡Ah! Si será la hechicera!
No lo tendré á maravilla;
él la suele visitar...
por Dios que he de averiguar
si es ella. La mascarilla
me pondré...
(*Mientras lo hace, sale por la puerta de la derecha el*

Conde en traje de córte, la observa desde lejos breves instantes y se adelanta hácia ella.)

CONDE. (No me engañó.
Es Diana, ese es su traje...
cinta azul, blanco el ropaje
bajo el negro dominó.)
¿Me esperabas?

SERAF. (*Sorprendida.*)
¡Ah!

CONDE. Te vi,
oh!... reina de mi alvedrío...

SERAF. (Pues no ha mentido el judio.)

CONDE. Y tu deidad conocí.
Encanto del alma, ven
adonde el bullicio está:
ven, que mi brazo será
de tu hermosura el sosten.
Y en medio la confusion
en estrecho lazo unidos,
contaremos los latidos
de nuestro fiel corazon.
¿Concédesme esta ventura?

SERAF. (*Apoyándose en el brazo que le ofrece el Conde.*)
Sí.

CONDE. Dichosa mascarada
va á ser esta, consagrada
al amor y á la locura.

(*Entran en los salones por la derecha y sale de ellos por la izquierda el Baron disfrazado. Por distintas partes de los salones salen Pereira y el Coro, y unos despues de otros se acercan y rodean al Baron.*)

ESCENA VI.

BARON. PEREIRA. CORO.

BARON.

¿Dónde está mi futurita?

UNOS. (*Con misterio.*)

Buenas noches, general.

BARON.

(*Retrocediendo.*) ¿Eh?...

OTROS.

Es preciso dar el grito.

BARON.

¡Oh!

TODOS.

Esperamos la señal.

BARON.

¿Qué señal, ni qué embeleco?
Yo soy...

PEREIRA. (*Aparte al Baron.*)

Chito!... (*Alto.*) Sois don Juan.
(*Adelantándose con él.*)
Si quereis, buen Manzanares,
divertiros y gozar,
al que os hable y os pregunte
responded que sois don Juan.

BARON.

¿Divertirme? de eso trato:
divertirme... y algo mas.

PEREIRA.

Pues hacedlo.

BARON.

Y tú, ¿quién eres?

PEREIRA.

Buena-vista.

BARON.

¿Sí?

PEREIRA.

Pues!

BARON.

Ya! (*VasePereira.*)
Buena-vista!... échale un galgo.
Vaya un mote singular!

CORO.—*Unos.*

Abreviemos los instantes.

OTROS.

Esperamos la señal.

BARON.

Abreviemos, abreviemos...

CORO.

¡La señal!

BARON.

Ya se dará.
(*Ve á Diana que sale de los salones.*)
(Allí viene Serafina!....
eh!... dejadme...

CORO.

La señal.

BARON.

Volved luego...

CORO.

Los instantes...

BARON.

(*Encaminándolos hácia los salones.*)
Ya lo sé... dejadme en paz.

CORO.

Disponed de nuestro celo
con entera libertad.
Arda Troya! cruja el suelo!
dadnos pronto la señal!
(*Empujados por el Baron entran en los salones.*)

ESCENA VII.

DIANA. BARON.

BARON. ¡Qué tragin! ¡vaya un afan!
De mí..., ¿qué querrá esta gente?
(*A Diana.*)
Ya veis si soy obediente...
DIANA. (*Fingiendo la voz.*)
Asi os quiero yo, don Juan.
BARON. ¿Otro don Juan? ¿Vos tambien?
DIANA. ¿De qué os teneis que admirar?...
BARON. Me habeis hecho disfrazar...
DIANA. Para que hablemos.
BARON. Pues bien:
hablemos, si os acomoda,
de nuestra boda.
DIANA. Ja! ja!
BARON. ¿Os reis?
DIANA. Pues claro está.
Nuestra boda?
BARON. Nuestra boda.
DIANA. Eso nunca podrá ser.
BARON. Qué!... nunca? (¡Adios patacones!)
DIANA. Vos teneis obligaciones,
don Juan, que satisfacer.
BARON. (¿Yo don Juan?... esto ya toca...)
DIANA. ¿A la maga tal ultraje?
BARON. (A que me han cambiado el traje
y con don Juan me equivoca.)

¿No sois Serafina?
DIANA. Sí.
BARON. Pues el Baron...
DIANA. (*Interrumpiéndole.*)
El Baron
no es mas que un bobalicòn.
BARON. (Lo dicho! burlado fuí!
¿Hay destino mas acerbo?)
¿No amais al Baron?
DIANA. ¡Locura!
¿no conoceis su aventura...
BARON. ¿Cuál?
DIANA. La aventura del ciervo.

BARON. ¡Fatal hechicera!
¿Qué labio protervo
la historia del ciervo
contó aqui tambien?
DIANA. Pintaros quisiera
la estraña diablura...
¡Donosa aventura!...
la vais á saber.
BARON. ¡No! basta, señora,
¿por qué os molestais...
DIANA. Bueno es que sepais...
BARON. Es que ya lo sé.
DIANA. La historia...
BARON. La historia.
DIANA. ¡Qué bella!
BARON. ¡Muy bella!
(Maldito si en ella
la gracia encontré.)
DIANA. En un gabinete
de estrellas ornado,
pensó el desdichado
su horóscopo hallar...
BARON. (*Interrumpiendo.*)
¡Si digo que basta!
DIANA. Se asoma á un espejo,
de rara limpieza,
y vió la cabeza
de un... já!... já!... já!... já!...

Baron.	**Diana.**
(Estoy sofocado...	**(Mi objeto he logrado...**
me encuentro corrido...	**ya está confundido.**
¡ya estoy aburrido	**turbado, y corrido,**
con tanto reir!	**con tanto reir.**
Por otro me toma...	**Si al fin me descubre**
¡no es malo el trabajo!...	**y el viento se muda...**
Por ver si la atajo	**de muerte, no hay duda,**
voymé á descubrir.)	**me va á perseguir.)**

Baron. Señora... es preciso
que aqui en puridad
hablemos muy claro...
Diana. ¿Qué es esto, don Juan?
Baron. ¡Qué Juan ni qué Pedro!
¡yo soy Astarot!...
Diana. ¡Ah!...
Baron. O lo que es lo mismo.
(*Quitándose la mascarilla.*)
Yo soy el Baron.
Diana. Amigo del alma!...
Baron. ¿Qué es esto?...
Diana. ¡Perdon!
Baron. ¿Perdon?... ¡Nunca, ingrata!
Diana. ¿Lo dais?
Baron. Nunca, no!
Diana. Pues nécio, pacato,
feroz mentecato,
acémila vípeda,
maldigo tu amor!
Baron. ¡Ay Dios, qué alboroto!
vaya un terremoto!
qué lengua tan gárrula!
Jesus! qué aluvion!

Diana.	Baron.
Ingrato, perjuro,	Señora!... señora!...
por tu obstinacion	yo tengo razon!...
te dejo y te olvido...	¿Me dais al olvido?
No vuelvas... Adios!	pues bueno, id con Dios.

(*Diana se retira y entra precipitadamente en los salones por la puerta de la derecha.*)

BARON. Pero ¿se habrá vuelto loca?
¡Qué tronada, cielo santo!
Esto no se queda así...
¿á mí acémila... y pacato?...
Por otra parte sus rentas
son un sabroso bocado...
Tras de ella voy... qué medito?
y ó la convenzo y amanso,
ó vive Dios que de he armar
una de pópulo bárbaro.

(Se retira por donde lo hizo Diana: salen por la izquierda asidos del brazo el Conde y Serafina.)

ESCENA VIII.

SERAFINA. EL CONDE.

CONDE. ¿Es posible, vida mia,
que esté tan mudo tu lábio
que no responda á los ecos
de mi acento enamorado?
SERAF. (¡Ay de mí! ¿Qué es lo que escucho?
Cree sin duda que está hablando
con la hechicera... La adora!
Oh!... qué horrible desengaño!)
CONDE. Jurára, prenda querida,
al verte asi meditando,
que amaga á nuestros amores
algun contratiempo...
SERAF. Acaso.
CONDE. Grave será, porque noto
hoy como nunca alterado
tu acento...
SERAF. (Va á descubrirme!)
CONDE. Cálmate mi bien, mi encanto...
¿No sabes cuánto te adoro?
SERAF. (Ay!...)
CONDE. ¿Qué temes á mi lado?
SERAF. Mucho.
CONDE. ¿A quién?
SERAF. A tí.
CONDE. Que dudes
de este amor que te consagro

tan puro, tan verdadero?...
¿No ves que ciego tus pasos
voy siguiendo por do quiera,
y que por siempre encantado
de tu belleza y donaire
cada vez mas te idolatro?
Pide imposibles que abonen
tu escrupuloso recato:
pídeme... como no sea
que me aleje de tu lado.

SERAF. (Si lográra aprovechar
este momento... ¿qué tardo?)

CONDE. ¿Qué pruebas, qué sacrificios
exiges de mí?

SERAF. Tu mano.

CONDE. ¡Cómo!... ¿quieres ser mi esposa?
De tu pensamiento honrado
no me admiro... somos libres...
pero la córte...

SERAF. ¿Reparos?

CONDE. No por mí, sino por tí,
luz de mis ojos, los hago.
La córte siempre está pronta
á burlarse del estraño
que en sus dominios penetra...
¡Teme, teme sus sarcasmos!

SERAF. No ceden, Conde, mis timbres
á los blasones mas altos.

CONDE. ¿Eso es verdad? ¡oh!... por mí
no te exigiera yo tanto:
te adoro sin conocerte
bien lo sabes, hace un año,
y para amarte, jamás
en tu origen he pensado.
Pero una vez que la córte
no puede zaherir tu rango,
á tu voluntad me rindo:
dispon de mí.

SERAF. ¿Sí? pues vamos;
dentro espera un sacerdote.

CONDE. ¡Qué!... ¿todo está preparado?
¡Me asombra tu diligencia!
¡Todo es en tí estraordinario!
(Siguen aparte. Sale el Baron por la izquierda y se acerca sin que lo noten.)

ESCENA IX.

SERAFINA. EL CONDE. EL BARON.

BARON. (¿Adonde se habrá escondido...
calle!... ¿con el Conde?...)

CONDE. Aplaudo!
Qué me place este misterio!
va á ser un enlace mágico.

BARON. (¿Qué?)

CONDE. Mientras otros se entregan
al placer del baile, al canto,
uniremos nuestras almas
con indisoluble lazo.

BARON. (*Interrumpiéndole.*)
¡Como es eso!

SERAF. (*Retrocediendo.*)
¡Ah!

BARON. ¡Picardia!
infamia! traicion! engaño!
¿Con el Conde estais ahora
tratando de almas y lazos?
Esto es una iniquidad!
es un perjurio!... un escándalo!!...
(*Baja Diana de los salones por la derecha y se acerca sin que lo adviertan hasta que se indique.*)

ESCENA X.

DIANA. SERAFINA. EL CONDE. EL BARON.

CONDE. Vive Dios!... quien quier que seas,
miserable enmascarado,
que en el momento que arrojes
el antifaz...

BARON. (*Accionando como para afirmarse la mascarilla.*)
(Guarda, Pablo!)

CONDE. Te he de hacer á cuchilladas
el corazon mil pedazos.

BARON. (Pues no me verás el rostro.)
CONDE. ¿A dama que me está hablando
te permites insultar
como pudiera un villano?
(*Sacudiéndole el brazo.*)
¿Quién eres?
BARON. Paso!... Yo soy...
(¿quién diré?)
CONDE. Pronto! ó te arranco
la máscara con que encubres
tu osadia...
BARON. (Esto va malo!)
CONDE. ¿Quién eres?
DIANA. ¿Ese?.. es don Juan.
BARON. Sí!... soy don Juan. (Me he salvado!)
CONDE. (*Contemplando á Diana y Serafina.*)
(Qué miro!... ¿aquí dos Dianas?)
BARON. (*Lo mismo.*)
¿Eh... dos Serafinas?... diablo!...
SERAF. (*Dejándose caer en el sofá.*)
(Murió la esperanza mia!)
CONDE. (*Con resolucion.*)
Lo mismo son dos que cuatro
para zanjar nuestro asunto.
¿Comprendeis?
BARON. Pues no?
CONDE. ¿Cuándo?
BARON. Mañana.
CONDE. ¿Dónde?
BARON. En San Blas.
CONDE. Os aguardaré.
BARON. (Sentado.)

BARON.

(Como tú no te emboces
en otra capa...
la que yo he de comprarte
no será larga.
Ay, condesito!
Por don Juan me has tomado,
buen chasco ha sido!

DIANA. (*Atrayéndose al Conde.*)

Bizarro caballero
entre bizarros,
¿os andais con las damas
(*Levantándose un poco el antifaz que vuelve á dejar como estaba.*)
á picos pardos?

CONDE.

Ay prenda mia!
perdona, de un engaño
he sido víctima.

(Salen un capitan de guardias, Pereira y el coro: poco despues algunos guardias se dejan ver en la puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

DIANA. SERAFINA. EL CONDE. EL BARON. PEREIRA. UN CAPITAN. CORO GENERAL.

CAPITAN.

¿Quién es aquí don Juan...

PEREIR. (*Señalando al Baron.*)

Ese!

DIANA. (*Idem.*)

Ese!

CORO.

UNOS. Ese!
OTROS. Ese!

BARON.

Bello son!
Soy don Juan... (mal que me pese!)

CAPITAN.

Pues, don Juan, daos á prision.

DIANA.

A prision! Qué zarabanda
es aquesta! Voto á san!

CAPITAN. (*Dándole un papel.*)

Ved aquí quien lo demanda.

BARON. (*Devolviéndoselo despues de ojearlo rápidamente.*)

Este Juan... es otro Juan.

CAPITAN.

Pues, ¿no sois don Juan de Austria?

PEREIRA.

Es el mismo.

DIANA.

Sí!

CORO.

UNOS. Sí!
OTROS. Sí!

BARON.

No! no! no!!... Y ahora veremos
si don Juan existe en mí.

(*Acciona como para quitarse la mascarilla; pero Pereira se adelanta á una seña de Diana, le sujeta y dice por lo bajo.*)

PEREIRA.

¿Qué haceis, insensato?
Si el Conde os conoce,
mañana á las doce
tendreis que lidiar.

BARON.

Pero, hombre del diablo,
¿no ves, Dios me acorra,
que en una mazmorra
me van á soplar?

CORO.

UNOS. Su estrella es impía.
OTROS. Salvadle...
TODOS. Chiton!...
Cesó la alegría,
se aguó la funcion.

DIANA. (*Bajo al Baron.*)

La historia del ciervo
allá en la prision
medita despacio...
(*Se levanta la careta como hizo antes con el Conde, toma el brazo de este y desaparecen.*)
Adios, queda adios.

BARON.

Jesus!... la hechicera!...

CAPITAN.

Venid por favor.

BARON.

Tened mas espera.

CAPITAN. (*Llevándoselo ayudado por Pereira.*)

Os pido perdon.

ESCENA XII.

SERAFINA. EL CORO.

CORO.

Su estrella es impía
ya vá á la prision...
cesó la alegría
se aguó la funcion.

SERAFINA.

(Oh!... yo me sabré vengar
de esa hechicera funesta.)
Que no se altere la fiesta,
eh!... señores, á bailar!

CORO.

Al baile y al cántico
tornemos unidos:
á muertos y á idos,
Dios libre de mal.
Las penas del ánima
disipe en son tierno
de Chipre y Falerno
la espuma vital.

(Se dirijen á los salones de baile y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon subterráneo en casa de Diana. Puertas secretas á izquierda y derecha en la primera caja: desde esta arriba, en uno y otro lado, la continuacion del subterráneo. En el fondo una puerta grande, disimulada, que se abrirá á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

CONJURADOS.

—Al rumor del combate saldremos
—Al combate, y que ¡viva don Juan!
—¿Venceremos?
—¿Quién sabe?...
—Probemos...
—Con nosotros las turbas serán.
—Nos persiguen de muerte...
—Al combate!
—Si fracasa esta vez nuestro plan...
—De fracasos aquí no se trate.
—Al combate, y que ¡viva don Juan!

ESCENA II.

DON JUAN. CONJURADOS.

DON JUAN.

Que me place encontraros, amigos.

CORO.

¡Viva, viva el ilustre don Juan!

DON JUAN.

Mas... silencio...

CORO.

Aquí no hay enemigos.

DON JUAN.

Pero pueden torcer nuestro plan.

Al tender vagamente la noche
por la tierra su lóbrego manto,
proclamando mi nombre, el espanto
sembraremos, amigos, do quier.
¡Oh... si toco la cumbre anhelada!
Si la palma nos dá la victoria,
prez habrá para todos y gloria...
por la gloria me lanzo al poder.
¡Animo, intrépidos,
nobles aliados!
Vamos los hados
á conjurar!
Al lance bélico
todo se apresta...
ya ¿qué nos resta?
¡Solo triunfar!

DON JUAN.	CORO.
Vamos los hados	Vuestros soldados
á conjurar!	prontos están.
Vamos intrépidos	¡Al lance bélico!
á batallar!	¡Viva don Juan!

(*Sale Diana apresuradamente, vestida como en el acto primero.*)

ESCENA III.

DIANA. DON JUAN. CONJURADOS.

DIANA. Señor, señor!... Serafina
quiere hablaros al momento,
y de uno en otro aposento
veloz aquí se encamina.
TODOS. ¿Serafina!
DIANA. He sospechado
que el asunto, señor, es
de gravísimo interés,
y por eso la he dejado
que baje á la galería:
si quereis, no pasará,
porque Pereira está allá,
y á la menor órden mia...
JUAN. ¿A qué puede aquí venir?
Si nos encuentra reunidos
y sale... somos perdidos.
DIANA. Pues no dejarla salir.
JUAN. Dices bien; á nuestra ruina
la suya precederá:
venga Serafina acá.
DIANA. (*Dirigiéndose al fondo y esforzando la voz.*)
¡Paso á doña Serafina!
JUAN. (*A los conjurados.*)
Ocultaos, y á mi voz
prontos estad si os reclama.
(*Los conjurados desaparecen en varias direcciones, Diana se retira á un lado, de modo que Serafina no la vea al salir.*)
¿Qué asunto á la noble dama
aquí traerá tan veloz?

ESCENA IV.

DIANA. SERAFINA. DON JUAN.

SERAF. A tiempo logré llegar:
si tardo solo una hora,
os perdeis.
JUAN. Y bien, señora,
¿qué nos venís á anunciar?
¿Qué decís de perdicion?
¿De qué teneis que asombraros?
SERAF. ¿No hay bastante con hallaros
oculto en esta mansion?
¿No hay motivo á sospechar
que en ella sois vos la vida
de la conjura temida
que pronto debe estallar?
JUAN. ¿Os han mandado, señora,
que vigileis mis acciones,
ó me hagais reconvenciones?...
SERAF. No, don Juan, soy portadora
de lo que vos como ley
tendreis que considerar...
JUAN. ¿Y es?
SERAF. (*Bajando la voz.*)
Que el Rey os quiere hablar.
JUAN. ¿El Rey habeis dicho?
SERAF. El Rey.
A vuestro hermano, respeto
debeis, sumision y amor...
Esta es la llave, señor,
de su camarin secreto.
El mismo me la ha entregado,
y os llama: volad! la noche
se acerca: afuera mi coche
está, y todo preparado..
Id, señor, y perdonad
que así mi celo os invite:
plegue á Dios que él os evite
duelos de fé y de lealtad!
JUAN. Comprended, señora mia,

que en pró del honor me lanzo :
por el camino que avanzo
el bien general me guia.
No habrá mengua en el honor
do quiera que yo estuviere...
Ahora bien ; si el Rey no quiere
que haya escándalo, mejor.
Á honrar su poder aspiro :
jamás su gloria olvidé ;
¿entendeis?

SERAF. Mas id.

JUAN. Iré
sin demora al Buen Retiro;
Pero al partir se me alcanza
que en mi porvenir incierto,
debo ponerme á cubierto
hoy de cualquiera asechanza.
Quiere el Rey que sin testigos
hablemos ; pero al entrar
tambien pudieran estar
de acecho mis enemigos.
Entrar es, á mas de espuesto,
entregarme desarmado ;
y como siempre os he hallado
entre los del bando opuesto,
no estrañeis que prisionera,
en tanto mi ausencia dura,
os guarde : en vuestra clausura
(*Señalando á Diana, en quien repara ahora Serafina.*)
os dejo esa compañera.

SERAF. ¿Dudais de mí?

JUAN. Permitid
que dude, que á todo atienda :
tal está nuestra contienda
que es bueno cualquiera ardid.

SERAF. Pues id, don Juan, en buen hora
que firme aqui me hallareis,
y mi lealtad probareis.

JUAN. Pues no os pesará, señora.
(*Se retira don Juan por una puerta secreta.*)

ESCENA V.

DIANA. SERAFINA.

SERAF. Guárdete Dios, la hechicera.
DIANA. Vele por tí su bondad.
SERAF. Mucho me place en verdad
tenerte por carcelera.
DIANA. ¿Tanto te place?
SERAF. Asi es.
DIANA. Sospecho que no te agrada
verte aquí tan custodiada...
SERAF. Por una rival, ¿eh?
DIANA. Pues.
SERAF. De la mágia ciertamente,
perdiendo la gracia vas:
nada he codiciado mas,
que verte así... frente á frente.
DIANA. Lo dudo.
SERAF. Eso es ya ser terca.
DIANA. ¡Bah!
SERAF. Porque yo, has de saber
soy de las que gustan ver
al enemigo de cerca.
DIANA. ¡Qué! ¿Yo tu enemiga? ¡ cielos!
SERAF. ¡Oh! mi enemiga mortal;
pero he de volverte el mal
con creces...
DIANA. ¡Lo que son celos!
SERAF. ¡Lo que son!... su amarga hiel
alimenta mi esperanza...
¡son ellos en la venganza
un consejero cruel!
DIANA. Ja! ja! ja!... ¿venganza?
SERAF. Sí!
de justicia corresponde.
DIANA. ¿Qué culpa tengo en que el Conde
se haya prendado de mí?
SERAF. ¡Oh!... ninguna, lo confieso:
tu beldad le ha fascinado;
de hechizos Dios te ha colmado...
¿qué culpa tienes en eso?

SERAF. ¿No es cierto
que no esperábais hallarme
tan cerca de vuestro dueño?
CONDE. Creí que estimábais mas
vuestra dignidad.
SERAF. No creo
que mi dignidad ni orgullo
padezcan gran cosa en ello.
El mismo lugar que vos,
que sois tan digno, frecuento;
y si hay mengua para mí,
para vos no la habrá menos.
CONDE. Será así; pero, señora,
á la verdad que no puedo
comprender qué os aprovecha
el ir mis pasos siguiendo.
SERAF. Conde, estais equivocado:
¿seguiros yo?.. ¡bueno es eso!
vos sois el que me seguís.
CONDE. ¿Que yo os sigo?
SERAF. Por supuesto:
si he llegado ántes que vos...
¿quién á quién viene siguiendo?
CONDE. Dejemos, señora, á un lado
sutilezas... os lo ruego:
que no es á los pasos de hoy
á los que yo me refiero.
Bien veis que en este lugar
los tres estamos sufriendo
por la situacion difícil
en que unos y otros nos vemos.
Vos debiérais respetar
de mi alma los misterios...
y evitar que esto os digera
el labio de un caballero.
SERAF. Tened, que picais de vano
y presuntuoso en estremo:
¿pensais que he venido solo
á espiar vuestros defectos?
Oh! Conde os ciega el amor
que os profesais; sed modesto:
no se ocupa Serafina
de los arcanos agenos.
Vine á cumplir un deber,
y á avisar á ese portento

de donaires y hermosura,
que ante el Tribunal severo
de la Inquisicion se apreste
á comparecer muy luego.

DIANA. ¡A la Inquisicion!

CONDE. ¡Oh Dios!

SERAF. Hechicera, no hay remedio.
Tu casa los familiares
rodean hace ya tiempo,
y es posible que á estas horas
con el Baron estén dentro.
Lástima que tanto hechizo
devore mañana el fuego!

DIANA. ¿Me has acusado, traidora?

CONDE. Ah! señora ¡qué habeis hecho!

SERAF. No os aflijais: ella tiene
rarísimo entendimiento,
medios sobrenaturales
de que todos carecemos,
y burlará á sus verdugos,
y escapará á los tormentos.

PEREIR. (*Dentro.*)
Diana!

SERAF. ¿Ois?

DIANA. (Es Pereira...)

SERAF. Tal vez tu acompañamiento
espera; sal á buscarle
antes que venga á tu encuentro.

DIANA. Eso haré, que por tan poco
te juro que no me arredro.
(*Al Conde señalando á la puerta de la izquierda sin que lo note Serafina.*)
(Enciérrala allí y espera.)

ESCENA VII.

SERAFINA. EL CONDE.

SERAF. Señor Conde... ¡cuánto siento
que sufran vuestros amores
este fatal contratiempo!

CONDE. Podeis guardar, Serafina,
vuestro compasivo celo
para aquel que os lo reclame...
SERAF. Ingrato sois hasta en eso.
Debiérais agradecerme
los cuidados que en obsequio
de vuestra clase y buen nombre
me he tomado, caballero;
pues tan olvidado estábais
de lo que sois, y tan ciego,
que era de temer que pronto
legitimara himeneo
un amor que os cubriria
de baldon, de oprobio eterno.
CONDE. ¿Adónde está ese baldon,
señora, que yo no veo?
¿Disponer no puedo yo
libremente de mi afecto,
colocándolo en el ser
que mas cumpla á mi deseo?
SERAF. ¡Ah!... pero en una hechicera
acaso de la hez del pueblo...
CONDE. A mí me sobra nobleza
y tan buena, que os prometo
que aunque con ella la parta
nobles los dos quedaremos.
SERAF. Hablais como enamorado...
por impenitente os dejo;
y ya que tan dado estais
á tratar con hechiceros,
conocereis por demas
de este recinto siniestro
las entradas y salidas...
CONDE. Sí conozco.
SERAF. Pues inmenso
favor me hareis señalándome
una por donde al momento
me aleje de esta mansion
que me horroriza y detesto.
CONDE. (*Aprieta un boton en el muro izquierdo y se abre puerta.*)
Cuando gusteis.
SERAF. Algun dia
mas tranquilo, mas sereno,
mi conducta aprobareis.

Conde, adios.

CONDE. Guárdeos el cielo...
(*Entra Serafina; toca otro resorte el Conde y se cierra la puerta instantáneamente.*)
en tanto que os guardo yo
en este panteon horrendo.
Volemos á ver á Diana...

BARON. (*Dentro.*)
Eh! demonios!

CONDE. (*Escuchando.*)
Mas ¿qué es esto?
¿Una voz doliente? Escucho...

BARON. (*Dentro.*)
¡Que me vais á desnucar!

CONDE. Es la voz de Manzanares...

BARON. (*Dentro.*)
¡Quietos digo!... ¡Voto á San!

CONDE. Sin duda en poder de Diana
cayó el Baron...

BARON. (*Dentro.*)
Ay!... ay!... ay!...

CONDE. ¿Se queja? bueno!... sus ayes
aquí ahogados quedarán.
Observemos.
(*Se retira llevándose la luz, y sale el Baron espantado por el lado opuesto.*)

ESCENA VIII.

EL BARON.

Ay!... socorro!...
¡Santo Dios... qué oscuridad!...

otra vez en las garras de acero
de esa bruja
maldita caí.
Quién me estruja...
me pincha! yo muero!
¡Quién me ampara!... ¡qué va á ser de mí!

CORO DE BAJOS. (*Dentro.*)

Estás en la espelunca

del mago Aben-jafá.
El que entra tarde ó nunca
salir de ella podrá.

BARON.

Estoy en la espelunca
del mago Aben-Jafá...

CORO.

Ja! ja! ja! ja!

BARON.

El que entra tarde ó nunca
salir de ella podrá.

CORO.

Ja! ja! ja! ja!

BARON.

¿Podeis dar mas pesares
¡buen Dios! á este mortal?
¡A mí!... los familiares
del santo Tribunal!

Ay!.. ninguno responde á mis ecos...
Está visto
me entierran aquí.
¡Jesucristo!
¡qué trasgos tan secos!...
¡pronto, á mi, familiares, á mí!

CORO DE BAJOS. (*Dentro.*)

Aquí no hay sol ni auroras
que calmen tu hondo afán!...
Del tiempo aquí las horas
sin movimiento están.

BARON. (*Compungido.*)

Aquí no brilla nunca
la luz!.... ¡qué ha de brillar!...

CORO.

Ja! ja! ja! ja!

BARON.

Reid con mis pesares...
burlaos de mi mal...
¡A mí, los familiares
del santo Tribunal!

(Salen cantando estrepitosamente las doncellas de Diana envueltas en capuchones negros. Asidas de las manos giran en torno del Baron, le pinchan con alfileres, le empujan y zarandean.)

ESCENA IX.

EL BARON. CORO DE MUJERES.

CORO.

¡Baron del Manzanares!
estúpido alguacil....

BARON.

¡Gracias mil!

CORO.

Que tuestas á millares
las gentes por ahí...
(Le acometen con alfileres.)
Toma! Toma!...

BARON.

Brujas sois!...

CORO.

(*Se agarran y dan vueltas.*)
Ah!... Oh!... Ja!... ji!...
Malandrin!

BARON.

Por los alfilerazos
al punto os conocí.

CORO DE MUJERES.

La suerte que te espera
es algo baladí...

BARON.

¡Ay de mí!...

CORO.

Ardiendo está la hoguera,
ardiendo para tí.
(*Le acometen.*)
Vamos!... vamos!...

BARON.

Condenadas!

CORO.

(*Vuelven á agarrarse.*)
Ah!... oh!... ji!... ji!...
Malandrin!

BARON.

Me vais á hacer tajadas...
¡Tened piedad de mí!
(*Salen por ambos lados del teatro los conjurados envueltos en sudarios y con antorchas.*)

ESCENA X.

BARBA. Coro de hechiceras y de Cuadrilleros.

CUADRILLEROS.

Las manos de [illegible]:
Barba, no hay esperanza
[illegible] de los [illegible]
la [illegible] y el [illegible]
La mano poderosa
de la justicia alza
sobre tu frente impura
el [illegible] vengador

(Forman una [illegible] y, en [illegible] que las mujeres, pero uno y otro se [illegible] de Barba.)

BARBA.

¡Que me llevan las brujas!... ¡no ven!..
¡que me estrellan! ¡que me hacen volar!
¡Que le [illegible]... Jesús... ¡que miedo!
la pavura me va á asesinar.

CUADRILLEROS Y HECHICERAS.

Toma, toma, Barba, carambas:
todas juntas las vas á pagar:
esta noche con mágico [illegible]
por los aires te vas á lanzar.

(Golpes dentro: ruido como de una puerta que revientan. Sale Pereira despavorido)

ESCENA XI.

BARBA. PEREIRA. CUADRILLEROS. Coro de hechiceras.

PEREIRA. Ah! somos perdidos!

TODOS. *Separándose á derecha é izquierda.*
¿Qué?...

PEREIRA. Los del santo Tribunal
han encontrado la puerta

que aquí conduce, y están
violentándola!...

BARON. ¿Qué escucho?

PEREIRA. Sálvese el que pueda!
(*Ruido de maderas que caen.*)

BARON. Ajá!...

CONJUR. (*Arrojando los sudarios y tirando de las espadas.*)
El arrancarnos la vida
caro les ha de costar.

BARON. ¿Qué haceis, réprobos? Tened
de vuestras almas piedad.
¿Osareis con mano armada
al fuero inquisitorial?
Mejor es que buenamente
os dejeis achicharrar.
A mí! á mí los familiares
del supremo tribunal!
(*Salen estos y ocupan el fondo.*)
Tomen bien las avenidas:
que nadie pueda escapar...
Hemos de hacer un toston
con todos ellos... que ya!
¿A dónde está esa hechicera
archibruja de Satán?
Venga á tomar posesion
de la coroza...
(*Oyense fuera gritos de aclamacion popular.*)
Ay!... ay!... ay!
¿Qué nueva tramoya es esta?...

PUEBLO. (*Dentro.*)
Viva!...

BARON. ¿Quién?

CONJUR. Y MUJERES. ¡Viva don Juan!

BARON. ¡Qué Juan!... la hechicera digo!

(*Abrese la puerta del fondo y salen don Juan, Diana y el Conde, precedidos de pages con hachones encendidos. Don Juan trae de la mano á Diana bizarramente vestida.*)

ESCENA XI.

NA. EL BARON. EL CONDE. D. JUAN. PEREIRA. PAJES. CORO GENERAL.

ON. ¡Qué veo!...

JUR. Y JERES. ¡Viva don Juan!

ON. Pero señor... ¿hay manera
de entenderse por acá?
¿Dónde la hechicera está?

N. Aqui no hay mas hechicera
que mí hija muy amada,
doña Ines de la Hinojosa,
duquesa del Tajo, esposa
del conde de la Alborada.|

ION. ¿Vuestra hija decís? Ah!...
Señora, tengo el honor...
Pero aquí hay brujas, señor:
si no es esa otra será.

AN. Bien, buscadla por ahí.

ION. Porque el tribunal reclama...

IAF. (*Dentro.*)
Baron!

ION. ¿Baron?.. ¿Quién me llama?

IRA. (*Tocando al resorte de la puerta izquierda que se abre.*)
Tal vez será por aquí.

ION. Eso es!... por ahí... no me ofusco...
entremos!... pilléte abora...
(*Al dirigirse á la puerta aparece en el umbral de ella Serafina.*)

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

ION. (*Estupefacto.*)
¿Eh?... ¿qué es aquesto?... ¡Señora!
¿sois vos la bruja que busco?

SERAF. Apartad!
BARON. ¿Hay tal trabajo?
SERAF. (*A Diana.*)
Perdonad, no conocia
la prez de vuestra hidalguía,
noble duquesa del Tajo.
(*A don Juan.*)
A vos, señor, ofrecí,
en este sitio encerrada,
aguardaros... resignada
me hallais, disponed de mí.
JUAN. Señora... Su magestad
me ha hablado de vuestra union,
y os deja en cuanto al Baron
en completa libertad.
Declarad vos el partido
que os plazca mas, sin reparo...
BARON. Y bien: ¿declarais?
SERAF. Declaro
que no sereis mi marido.
BARON. ¡Anda! y con qué espedicion
lo dice... no hay que dudar...
pero ¿y no me he de vengar?...
¡Todos á la inquisicion!
No hay en la tierra ninguno
que pueda atajar su fuero.
(*A las doncellas y á los conjurados.*)
Vamos andando, ¡ligero!
Yo he de chamuscar á alguno...
JUAN. Señor Baron, escuchad:
hoy dirijo yo la ley;
que ejerzo en nombre del rey
la suprema autoridad.
Y si de esa pretension
no abandonais la fatiga...
os he de ahorcar de una viga
sin salir de esta mansion.
¿Entendeis?
BARON. ¡Vaya!... sí tal...
ignoraba... pero yo...
el Tribunal me encargó...
JUAN. Pues decid al Tribunal
que apague ya sus braseros
y mejor su tiempo emplee;
que don Juan de Austria no cree

en brujas ni en hechiceros.
Decidle que nuestros males
curaré segun convenga,
sin que el apoyo intervenga
de las iras clericales.
Que no quiero ya mas luto,
ni llanto: que se someta
y no traspase la meta
de su sagrado instituto.
Porque el rey de varios modos,
y con él mi autoridad,
tiene fuerza y voluntad
para todo... y para todos.

BARON. (*Inclinándose.*)
¡Ah, señor...

JUAN. Esta es la ley
que va desde hoy á regir,
sin mas dolo consentir.
Tributen todos al rey
el respeto mas profundo,
ó habrá de quedar memoria
de don Juan. ¡Salud y gloria
al rey don Cárlos segundo!

CORO GENERAL.

Salud al buen nombre del rey castellano
que alivia del pueblo la angustia y dolor:
á todo el que sufre le tiende su mano;
su nombre hoy es digno de eterno loor.

FIN DE LA ZARZUELA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 18 de Marzo de 1851.
Aprobada y devuélvase.

Melchor Ordoñez.